

EL PAPEL DE OAXACA EN LA CULTURA PRECORTESIANA

Jorge Fernando ITURRIBARRIA

EL HECHO HISTÓRICO-GEOGRÁFICO de encontrarse la totalidad de los numerosos grupos étnicos de Oaxaca alojados en la comarca más estrecha del país, y la circunstancia de ser esa zona el centro geográfico de Mesoamérica, equidistante de la altiplanicie mexicana y de los pueblos centroamericanos, o sea el vasto territorio en donde tuvieron su cuna las viejas culturas de América, confiere a Oaxaca una importancia excepcional como centro de investigaciones antropológicas, consideradas en su más amplio sentido: arqueológico, etnológico, etnográfico, lingüístico e histórico.

Oaxaca, por su situación geográfica en la América Media, tenía que ser, y fue, el eslabón entre la altiplanicie, el Sur y el Sureste: un escenario de tránsitos obligados y nutridos entre pueblos de origen milenario, que influyen unos sobre los otros, dejándonos los vestigios y las reliquias de sus culturas.

En consecuencia, para todo estudio de correlación, interpretación y ajuste del cuadro de conjunto, para una visión panorámica de la América Media, los grupos étnicos oaxaqueños deben estar presentes en cualquier investigación actual o futura.

En efecto: en el actual territorio oaxaqueño encontramos la presencia de viejas culturas. La hipótesis de que la cultura madre —después de la arcaica otomí— fue la olmeca, procedente de las costas del Golfo, va cobrando seriedad y categoría de verdad histórica con la confirmación, cada día más acentuada, de la versión sahaduntina. Según esta versión, ciertas tribus desconocidas, hoy identificadas con los olmecas —habitantes del país del hule—, llegaron a Pánuco por el mar en tiempos muy remotos y fundaron el primitivo Tamoanchán,

que quiere decir “el árbol de donde nacieron los vástagos”. Unos se separaron del grupo y fueron a poblar el Sureste, en las costas de Campeche y la península de Yucatán, y los que permanecieron en Tamoanchán “fueron a poblar las provincias que ahora se llaman Olmeca-mixtoti”. Llegaron estos últimos en su peregrinación a los valles de México y Morelos, y en recuerdo del primitivo Tamoanchán fundaron otra población de igual nombre.

Allí se asentaron, pero transcurridos muchos años hicieron un viaje de retorno a la costa del Golfo. Se les llamó por eso “los regresados”; fundaron más tarde una población, cuyo nombre actual es “La Mixtequilla”, al Sur de Alvarado, Veracruz, en la misma zona en que se halla Mixtán, el viejo lugar que dio nombre a los mixtecas, como se lee en el *Popol Vuh*, cabeza de importante señorío. Durante su permanencia en los valles de México y Morelos se nahuatlizaron por su convivencia con las culturas de Teotihuacán y Xochicalco, convirtiéndose en los olmecas tardíos de la costa y de la altiplanicie, en los integrantes del grupo popoloca-mixteco, anterior a la familia nahuatlaca.

De la región de los paleo-olmecas, comprendida entre las zonas arqueológicas de Tres Zapotes (Veracruz) y La Venta (Tabasco), un fuerte núcleo de anahuaca-mixtecas subió nuevamente a la altiplanicie y se alojó, no sabemos por cuánto tiempo, en la comarca de los popoloca-mixtecas, que comprende parte de los actuales Estados de Puebla, Veracruz, Oaxaca y Guerrero. Allí tuvieron contacto con la cultura de Teotihuacán y con los pre-toltecas, anteriores a la fundación de la Tula histórica, en el período de transición entre la decadencia de Teotihuacán y los albores de la cultura tolteca. La convivencia de estos anahuaca-mixtecas con la cultura tolteca —que dentro de esta zona tenía su centro de irradiación en Cholula— influyó grandemente en la toltequización del mixteca; se produjo así una vinculación de ambos horizontes culturales, fortalecida por mezclas de sangre. Esta convivencia y aculturación persistió hasta fines del siglo xv, pues a Atonal, mejor conocido por Atonaltzin, rey de Coixtlahuaca de 1450

a 1458, se le llama en los *Anales de Cuauhtitlán* "príncipe de los toltecas".

Ahora importa mirar hacia el horizonte zapoteca. Los prezapotecas formaron originalmente parte del mismo núcleo paleo-olmeca que emigró de Pánuco hacia el Oriente; pero este grupo, sin continuar hacia las costas de Campeche y Yucatán, como lo hizo el grupo mayance, se detuvo en tierras de Tabasco; de allí descendió hacia el Sur y penetró a Oaxaca por el Sureste, adonde llegó unos seis o setecientos años antes que los mixtecas, pues éstos, como se ha visto, necesitaron invertir alrededor de siete siglos en su emigración de la costa del Golfo a la altiplanicie, su retorno al litoral atlántico, su regreso a los valles de México y Morelos y su establecimiento en la zona popoloca-mixteca, para al fin penetrar, hacia el siglo VII de nuestra era, en la región donde hoy se encuentran: desde Acatlán (Puebla) hasta Tututepec, en la costa del Pacífico.

Los zapotecas penetraron en el actual territorio oaxaqueño por el Soconusco y se encontraron en la zona del Istmo y en la región del Cempoaltépetl con dos grupos étnicos muy antiguos, que les disputaron el paso: los huaves, raza emigrada de Nicaragua o el Perú, y los mixes, pueblo aguerrido y valiente. Los huaves fueron fácilmente vencidos, y hoy quedan confinados en los pueblos de Santa María, San Dionisio, San Francisco y San Mateo del Mar, en las Lagunas Superior e Inferior del litoral tehuantepecano. Los mixes, cuyo núcleo es el Cempoaltépetl, opusieron dura resistencia, y al fin se retiraron de los bajos y de la costa a la montaña; perdieron también parte de las estribaciones del Sur, Este y Sureste, al incendiar los zapotecas la densa vegetación boscosa en que se habían refugiado.

Así se abrieron paso los zapotecas hasta llegar a un sitio que denominaron Xaquixe ("al pie de la montaña"), hoy Teotitlán del Valle, en las estribaciones de la Sierra Madre Oriental, junto al valle de Tlacolula. Allí permanecieron algún tiempo; luego avanzaron al Valle de Oaxaca y ocuparon un cerro que denominaron "del Tigre" (Danibée en

zapoteco, Yucuñana en mixteco, y Monte Albán en castellano, sin que hasta ahora se sepa el porqué de este último nombre).

En la parte sudoriental de la gran plaza erigieron sus primeros templos y nos dejaron las extrañas estelas de "los danzantes", de innegable aspecto olmeca u olmecoide, vestigios que datan de tres siglos antes de Jesucristo y que posiblemente representan al dios-jaguar de los olmecas.

Ésta es la época arcaica conocida como Monte Albán I, creadora de una cerámica primitiva; no se tiene una definición clara de los portadores de esta cultura. La época Monte Albán II revela la influencia de las culturas de la América Central; está emparentada con las formas pre-mayas de Belice y el Petén, y al mismo tiempo se apunta en ella la transición hacia Monte Albán III, el período clásico de los zapotecas, que va del siglo v al ix; los portadores de esta cultura llegan entonces a su esplendor y se revelan excelentes escultores y arquitectos, aunque siempre dentro de las formas religiosas y funerarias de los templos, de las tumbas escultóricas, como la 104, y de las magníficas urnas de su ciudad sagrada y panteón. Coincidiendo con el estilo clásico zapoteca, se nota la influencia teotihuacana.

Durante este período de esplendor de la cultura zapoteca, cuya expansión rebasaba las fronteras del actual territorio de Oaxaca, ocurre la emigración mixteca desde el Norte y Noroeste hacia el Sur, ocasionada tal vez por el empuje de los chichimecas. Los mixtecas son aguerridos, duros para las fatigas, sobrios y fuertes. Durante los siglos de poderío los zapotecas han perdido estas cualidades, y lenta, pero fatalmente, se van pactando nuevas fronteras de repliegue, hasta llegar a la última, oficialmente convenida, entre el Zapotecapan y el Mixtecapan, o sea Huitzo, en el actual distrito de Etlá, límite entre la montaña y el valle que da acceso a Monte Albán.

LA LLEGADA DE LOS MIXTECAS se calcula que ocurrió a fines del siglo vi o principios del vn, pues en el año de 720 da principio la genealogía de los reyes y señores de Tilantongo con el llamado "4 Lagarto", según la excelente interpretación

que del Códice Vindobonense, completado por el mapa de Teozacoalco y los códices Nuttall y Bodley, ha hecho el doctor Alfonso Caso.

Los zapotecas comienzan a sufrir las angustias de la guerra con sus vecinos. La hegemonía zapoteca y su cultura van a desplomarse. Es el tiempo del colapso de las viejas culturas en toda el área de Mesoamérica; época de invasiones, violencias y luchas, de confusión y de grandes desplazamientos guerreros, cuyo vasto escenario se extiende desde Tula y la altiplanicie hasta Honduras y Nicaragua. En 1158 cae Tula, la Tula histórica de los toltecas, ante el empuje brutal de los chichimecas. Los toltecas, perseguidos, van a refugiarse a la zona mixteca de Puebla, entre sus hermanos antes emigrados, residentes en Cholula, y al lado de sus amigos los mixtecas.

La adversidad en la guerra hace que los zapotecas pierdan la fe en sus dioses y la confianza en sus sacerdotes. El régimen teocrático de los zapotecas va a desaparecer para dar sitio a un régimen militar de jefes guerreros. Entre los años 1000 y 1200 Monte Albán se despuebla. Surgen los caudillos militares, se funda Zaachila, nuevo centro político, y comienza una nueva dinastía, que terminará, en la conquista española, con Cosijoesa y su hijo Cosijopí, rey de Tehuantepec. Los jefes militares gobiernan con criterio objetivo y dedican vastas zonas del valle a la agricultura; desecan la ciénaga de Zimatlán y abren cauces al agua, rompiendo el dique natural de los cerros que rodean una gran laguna. En el Cempoaltépetl, sus vecinos son nuevamente los mixes, que han bajado a ocupar las tierras que antes eran suyas; así queda cubierta esta retaguardia, y los zapotecas pueden pelear ahora contra los mixtecas. Éstos han llegado a la culminación de su poderío, con su rey "8 Venado" a la cabeza, y establecen nuevas e interesantes formas de organización política y militar, que más tarde aparecen como formas culturales en el horizonte de la altiplanicie. El alud mixteco es contenido en una batalla de armas que tiene lugar en 1063, en un lugar llamado "Río-Árbol-Papagayo", posiblemente situado en la comarca formada por El Tule y Teotitlán del Valle; ahí debió haber un

río, en cuya ribera nació el gigantesco sabino que hoy todavía admiramos. La referencia "Papagayo" procede de "Xaquixe" (o sea Teotitlán), donde persistía el culto de la guacamaya sagrada.

En esa batalla muere "8 Venado", y la invasión mixteca queda contenida; pero no indefinidamente, pues a mediados del siglo xiv los mixtecas se han apoderado de Huaxyacac, de Monte Albán, de Etla, Tlacolula, Ocotlán y Zimatlán, y durante largo tiempo imponen su dominio en los valles centrales, aunque deben luchar con algunos centros zapotecas, refractarios a la invasión mixteca de los valles.

La presencia de cerámica mixteca en todo el Valle de Oaxaca, encontrada recientemente en numerosas exploraciones estratigráficas, pone de manifiesto, sin la menor duda, esta situación, ignorada hasta el primer tercio de nuestro siglo. La dominación o convivencia por vasallaje queda corroborada por las exploraciones de Yagul, en el valle de Tlacolula, iniciadas en 1953 por Ignacio Bernal y continuadas en este año (1955) por el Departamento de Arqueología del Mexico City College. Estas exploraciones demuestran que llegó a formarse una cultura mixta, zapoteco-mixteca. Además de que se hallaron varias tumbas mixtecas, los muros presentan meandros de grecas del tipo más tarde desarrollado en Mitla. Ahora se sabe que Mitla ya corresponde a una época francamente mixteca o mixteca zapotecoquizada; lo demuestran las pinturas de esta cultura que se hallan en los dinteles del grupo de "edificios católicos", según la clasificación de Holmes, pinturas iguales a las de los códices mixtecos y con el signo del año mixteco claramente grabado.

Durante el reinado de Atonaltzin, rey de Coixtlahuaca, se traslada a este sitio, desde Tilantongo, el centro principal del poderío mixteca, y en el año de 1457 emprende Moctezuma I la primera expedición guerrera contra esta zona, llevando un poderoso ejército de conquista que resulta vencido por los coixtlahuacas. Un año después, en 1458, con más numeroso y mejor equipado ejército de aliados xochimilcas, tecpanecas, chalcas, acolhuas y mexicanos, emprende una nueva guerra

contra Coixtlahuaca. Atonaltzin, a su vez, recurre a la alianza de huexotzincas y tlaxcaltecas, se enfrenta a las huestes de Moctezuma y es derrotado. Los propios vasallos de Atonaltzin, molestos por esta derrota —que atribuyen al mal comportamiento de los aliados—, ahorcan a su rey, como se ve en el Códice Mendocino, lámina 7. La población fue destruida, y grandes cuerdas de prisioneros mixtecas fueron llevados a Tenochtitlán para ser sacrificados. Con esta batalla se inició la expansión imperialista de los mexicanos sobre las áreas mixteca y zapoteca.

La siguiente incursión militar se efectuó, durante el mismo reinado de Moctezuma Ilhuicamina, sobre las poblaciones de Huaxyacac y un lugar del valle de Tlacolula, al que, por la mortandad habida, los mexicanos bautizaron con el nombre de Mictlan, “lugar de muerte o de los muertos”; esta designación no tiene ninguna relación con las ruinas de los palacios de Liobaá, indebidamente conocidos con aquel nombre, puesto que Liobaá era lugar de oración y residencia de los sacerdotes zapotecas. La erección de sus monumentos data de una época posterior, que en la clasificación arqueológica de Alfonso Caso se llama Monte Albán V y corresponde a los fines del siglo xv y principios del xvi. Los mixtecas conservaron más tarde el término “Mictlan”, y no el zapoteca de Liobaá (“lugar de descanso”), en el tiempo de la segunda y definitiva penetración mixteca en los valles centrales de Oaxaca.

Los prisioneros hechos en Huaxyacac y Mictlan por los mexicanos, entre los cuales había no sólo zapotecas, sino también mixtecas colonizadores y gentes de las nuevas generaciones provenientes del mestizaje zapoteco-mixteco, fueron llevados a Tenochtitlán, y con su sacrificio se inauguró allí el Templo Mayor.

MUERTO MOCTEZUMA, Axayácatl aplaza su coronación hasta tener suficientes cautivos para celebrarla con solemnidad, y emprende personalmente las incursiones a las costas de Huatulco y Tehuantepec. La cosecha humana es grande, y como esta expedición no tiene un propósito primordial de con-

quista, nada intenta el vencedor sobre los dominios mixteca-jicalancas de Tututepec, ni tampoco en Zaachila, centro político de la dinastía zapoteca. Vuelve a México, cargado de prisioneros, el año de 3 Calli, o sea en 1469.

Así transcurren diecisiete años. Durante el posterior reinado de Tízoc los mexicanos no emprenden nada nuevo en esta área, salvo sofocar brotes de insurrección en Teotitlán del Camino, Yanhuítlan y Mictlan. De esta inactividad se valen los mixtecas para reanudar su penetración y afirmarla en los pueblos zapotecas; habían convivido con ellos pacíficamente, aunque en ocasiones tuvieron que rechazar agresiones de gentes de la misma comarca. Tlacolula y Macuixóchitl, por ejemplo, sostenían guerras con Mictlan y Chichicapan; en este último punto reinaba Quiengola, "que era señor universal de todos los indios zapotecas" y peleaba contra los mixtecas.

Por fin, en 1486, con el advenimiento de Ahuízotl al trono mexica, se reanuda, perfecciona y completa el dominio mexicano sobre las tierras mixtecas. Organiza este monarca una expedición para conquistar Tehuantepec, con la mira de abrirse paso al Soconusco, Guatemala y Centroamérica. Encuentra resistencia en la Mixteca y por eso evade el paso de Sosola, para dar un rodeo por Cuicatlán y llegar a Huaxyacac; aquí es recibido con vasallaje por el rey zapoteca Zaachila II, quien le proporciona guías para acompañarlo en la expedición. Ahuízotl conquista Tehuantepec y Miahuatlán, y desiste de ir más lejos. Tampoco más tarde, en una segunda expedición, realiza sus planes; se detiene en el Soconusco y opta por retornar, a pesar de las insinuaciones que recibe de llevar sus conquistas a Quauhtemallan (Guatemala).

En 1495, con motivo del asalto sufrido por una caravana de comerciantes mexicanos en Mictlan, en el cual se dice que toman parte gentes zapotecas (de las que conviven con los mixtecas, propiamente ya zapotecas mixtequizados), Ahuízotl modifica radicalmente la política que ha seguido con los zapotecas de Zaachila —sujetos a una especie de protectorado mexica—: ocupa militarmente su metrópoli, sometiendo a la población a duras represalias, altos tributos y yugo severo.

Esta situación no sólo afecta a los zapotecas, sino también a los mixtecas de los valles centrales y a las nuevas generaciones de la población mixta que se había venido formando en esa zona desde mediados del siglo xtv.

Esto ocurre ya durante el reinado de Zaachila III. Al morir él, asume la dirección política de su pueblo su sucesor, Cosijoesa, notable caudillo, hábil para la guerra y de audacia y talento. Coijoesa propone a los mixtecas del Valle y de la Mixteca Alta y Baja una alianza militar para expulsar a los mexicanos, y concibe un excelente plan: escoge y prepara el escenario de la guerra en Quiengola, Tehuantepec, que es una fortaleza natural formada por dos grandes macizos montañosos inexpugnables, que se aproximan constituyendo una garganta. Perfecciona con obras de ingeniería la fortificación, construye jagüeyes, en donde cría peces, y avitualla el lugar con cereales, carne salada, gran número de lanzas y arpones envenenados, arma esta última que por primera vez va a usarse en las guerras de la América Media. Cuando calcula que ha reunido bastimentos para veinte meses, hace venir a los mixtecas, sus aliados, y fomenta en Tehuantepec la rebelión contra Ahuízotl, para provocar el envío de una expedición punitiva.

La lucha duró siete meses, durante los cuales Ahuízotl envió sucesivamente tres poderosos refuerzos, sin poder quebrantar la resistencia de Cosijoesa. En cambio, el caudillo zapoteca pudo ir al Soconusco mientras duraba el sitio de Quiengola, conquistar varios pueblos de la región, lanzar a sus pobladores contra Ahuízotl y renovar a los defensores del reducto con sangre nueva, en tanto que los refuerzos mexicanos tenían que transponer largas distancias.

Entre los capitanes mexicanos estaba Tlacochealcátl Moctezuma, sobrino de Ahuízotl, el futuro Moctezuma II. A iniciativa suya, discutió Cosijoesa con él los términos del armisticio, al cual seguiría un convenio de alianza y amistad. Cosijoesa impuso condiciones que podrían considerarse muy ambiciosas, dado el orgullo de los mexicanos; no hay antecedentes análogos en la historia de Tenochtitlán, desde 1428,

en que los mexicanos, con la sujeción de Azcapotzalco, obtuvieron la supremacía política y militar. La condición fue una alianza de sangre, el casamiento de una princesa mexicana con Cosijoesa. Fueron a Tenochtitlán, vinieron los emisarios y, por fin, Ahuizotl aceptó el enlace proponiendo como candidato a la princesa Coyolicaltzin ("Copo de Algodón"), sobrina suya, a quien los zapotecas vieron reinar con el nombre de Pinopiaá. Obtenida la aquiescencia de Cosijoesa, éste impuso otra condición: que el matrimonio se efectuara en Tehuantepec y no en Tenochtitlán, como Ahuizotl proponía. El rey mexicano se avino a esta nueva exigencia, y la nutrida embajada que conducía a la princesa desde México, formada por un séquito de nobles, señores y guerreros mexicanos, fue a Tehuantepec para cumplir con el pacto. Esta alianza no fue del agrado de los mixtecas, que se retiraron airados a sus montañas, considerándose tan vencidos como Ahuizotl, a pesar de haber sido los vencedores, pues les correspondió sostener la parte más dura del sitio. Se sintieron defraudados por haber ayudado a sus enemigos tradicionales, los zapotecas y los mexicanos, que se habían aliado para avasallarlos.

LOS MIXTECAS DEL VALLE se incorporaron en Cuilapan a los de su raza, y los de la montaña siguieron siendo objeto de la saña de los mexicanos, que entonces extremaron con ellos su rigor de conquistadores. Las insurrecciones de Coixtlahuaca y Sosola, ocurridas en respuesta a estos rigores el año de 4 Calli, o sea 1506, reinando ya Moctezuma II, fueron sofocadas cruelmente, con matanzas generales, sin excepción de niños, mujeres ni ancianos, y con el incendio de sus templos, palacios y casas. En 1509 estos escarmientos se repitieron en Sosola y en Yanhuitlán.

Finalmente, la guerra mexicana de invasión al área mixteca pone fin, en 8 Calli (1513), con la campaña de Tututepec, al reino mixteco de la Costa Chica. Este grupo étnico estaba diferenciado por varios siglos de separación del de la Mixteca Alta, que llegó a guerrear con sus hermanos de

la montaña por disputarse el "tianguis" de Putla; también luchó con los zapotecas, porque los tututepecanos invadieron e incorporaron a su dominio extensas zonas de Pochutla y Tehuantepec, en la costa del Pacífico.

Sin embargo, desde el año de 1516, que marca el apogeo del poderío mexicano y el principio de su decadencia, comienza el abandono de sus conquistas, por la concurrencia de pronósticos y sucesos adversos, y los mixtecas vuelven a reivindicar el terreno del área zapoteca, de donde habían sido expulsados. Los zapotecas, sin la eficacia ya del apoyo mexicano, van replegándose en sucesivas transacciones. La diplomacia, el disimulo y la cortesanía, las buenas palabras y las suaves maneras son el recurso usado por los zapotecas con sus ancestrales enemigos, para librarse de mayores males y poder conllevar la forzada vecindad que les imponen. Uno de los mayores problemas que ofrece la perspectiva de expulsarlos es el largo proceso de mixtequización sufrido por varios pueblos zapotecas.

Mictlán o Liobaá es un claro ejemplo, más que de este proceso de mixtequización del zapoteca, de la cultura mixta resultante. Como ya se dijo, allí se erigieron a fines del siglo xv y principios del xvi los palacios de los sacerdotes, de aquella dinastía sacerdotal resentida con los caudillos militares de Zaachila desde los tiempos, ya remotos, de su expulsión de Monte Albán. Van a refugiarse desde entonces a la prolongación de la misma montaña de Xaquixe (unos kilómetros más hacia el Noroeste), donde habían adorado hacía muchos siglos a la guacamaya sagrada. Se ven protegidos ahora por los zapotecas disidentes de la sierra, principalmente por los de Ixtepeji, que ya aparecen aliados con los mixtecas de Cuilapan en 1521, a la caída de Tenochtitlán en poder de los conquistadores españoles.

Este Liobaá, en sus más suntuosos edificios, es desde el punto de vista arquitectónico prolongación de algunos monumentos de Monte Albán III (principalmente los de la Plataforma Poniente, exceptuando los Danzantes). Tiene muchas de sus características, lo cual demuestra una secuencia —con

larga interrupción temporal, por supuesto— de lo zapoteca clásico, aunque ya con la intervención de otros elementos culturales. No podemos menos de considerar a éstos como mixtecas, pero tampoco podemos compararlos con el estilo de su arquitectura, porque todavía la desconocemos totalmente.

Si antes había alguna reserva sobre el particular, acaba de desvanecerse con el reciente descubrimiento del arquitecto Ignacio Bernal. En 1953, en Yagul, cerca de Tlacolula, encontró en una zona del área zapoteca —pero mixteca desde el punto de vista de su cerámica— que data de mediados del siglo xiv, varios edificios de construcción idéntica a los de Liobaá, hasta en sus medidas, como el Salón de las Columnas, y en cuyos muros puede verse igual decoración de meandros de grecas del tipo que después se desarrollaría mejor en Liobaá. Esto significa, por una parte, que los palacios de Liobaá no son zapotecas, sino producto de una cultura zapoteca-mixteca, y muestra, por otra, la influencia preponderante en la decoración de formas estéticas y religiosas que vienen del horizonte Mixteca-Puebla, donde no es posible subestimar el influjo toltecoide, ya vinculado por siglos a la cultura mixteca, que aparece alrededor de Cholula.

El estudio de estos meandros y su comparación con algunos signos ofidiformes que evolucionaron en otros horizontes culturales, como Teotihuacán, Tula, Copán, me han llevado a conjeturar, siguiendo las investigaciones de Rafael Girard, la posibilidad, expresada aquí con las naturales reservas, de que esas grecas de Liobaá no sean otra cosa que el *xicalcolihqui*, síntesis de la mitología meteorológica del culto al dios de la lluvia, una especie de oración en piedra, incesantemente repetida, aunque con gran versatilidad estética del motivo, en una zona particularmente seca y árida, donde las nubes pasan sin dejar su lluvia fecunda. De acuerdo con un rito chortí, “el pluviomago baña con agua virgen y consagrada el cielo y las paredes del templo, que simbolizan el mundo indígena, de manera que al gotear el agua desde el cielo y las paredes sobre el piso, provoca, por magia imitativa, el descendimiento de las lluvias”.

Las grecas en zigzag representan, en mi concepto, el rayo; su inversión, de abajo hacia arriba, da origen a una abertura o boca de caverna, que es la tierra sedienta. El espacio que queda entre los bordes de la greca zigzagueante configura el *xicalcolihqui*, o sea la "serpiente torcida del cielo", la tromba o la nube cargada de agua, a la cual se dirige la oración en piedra para que se deshaga en lluvia y baje a fecundar la simiente. Fernando Ortiz (*El huracán*, p. 258) corrobora la hipótesis de la influencia toltecoide en Liobaá al afirmar que los meandros que decoran esos palacios son de origen cholulteca, como resultado de una transculturación a Liobaá del horizonte tolteco-chichimeca. Como se recordará, en sus *chimallis* o escudos los mixtecas usan la greca escalonada, símbolo del dios de la lluvia y de la fecundidad.

POR FIN, esta forma convencional de convivencia de mixtecas y zapotecas, no sancionada por acuerdo alguno, va a terminar por iniciativa de los mixtecas, cuando saben que en Tenochtitlán los mexicanos están en graves dificultades con hombres blancos llegados del mar en grandes casas flotantes. Sin embargo, ya a raíz de la alianza de Cosijoesa con Ahuizotl, aquél había dado motivo a la ruptura, cuando trató de expulsarlos de Cuilapan; los mixtecas, en respuesta a la notificación de Cosijoesa, habían mandado colgar de un árbol al emisario. El derrumbe del poderío tenochca, con la prisión y muerte de Moctezuma, el trágico destino de Cuitláhuac y la captura de Cuauhtémoc, ofreció a los mixtecas una excelente oportunidad para cobrar a Cosijoesa la cuenta pendiente de Quiengola.

Los mixtecas convocaron a una guerra general y pactaron una alianza con el rey de Tututepec. A su vez, Cosijoesa hizo venir de Tehuantepec, enviados por su hijo Cosijopi, fuertes contingentes guerreros de esa región. Dio principio la concentración de los dos ejércitos, y los mixtecas avanzaron hacia Zaachila para ponerle sitio; pero Cosijoesa decidió salir con sus huestes y presentar batalla a sus enemigos en las faldas de una pequeña eminencia situada en términos de Zegache.

Aún no concluían los aprestos militares para decidir la supremacía de los futuros contendientes, cuando, dirigidos por el capitán Francisco de Orozco, los conquistadores españoles, solicitados por Cosijoesa a Cortés, entraban por el valle de Etlá al de Oaxaca y eran recibidos como amigos y aliados. No tardó mucho en llegar el capitán Pedro de Alvarado y en formalizarse así la conquista de Tututepec. Reforzado por los soldados de Orozco y los aliados zapotecas, emprende Alvarado el viaje a la Costa Chica, sin intentar nada contra la Mixteca Alta, que ya había desistido de oponerse a la conquista, en acatamiento al mensaje de los oráculos de Achiutla: "sus dioses no podían evitar que se cumpliera la profecía de Quetzalcóatl". El rey tututepecano acató también los designios de sus dioses. Los demás pueblos procedieron, según la zona de influencia, conforme a la conducta de mixtecas y zapotecas, con excepción de los mixes y de una parte de la Chinantla.

Resulta interesante observar cómo en mixtecas y zapotecas operan motivos diferentes para aceptar la conquista española. Los primeros desisten por motivos religiosos, que sus augures, vinculados al horizonte de la altiplanicie, les transmiten con el carácter de un mandato sagrado; los zapotecas actúan por razones eminentemente políticas y militares, pues así encuentran (o creen encontrar), de momento, un dique a la dominación mixteca y ven el señuelo de una discutible oportunidad para vengarse, más tarde, de sus tradicionales enemigos. Muy pronto el tiempo los desangañaría, pues fueron los zapotecas los que sacaron la peor parte de la conquista, mientras que los mixtecas obtuvieron algunas excepciones favorables a sus señores y caciques. Después, el tiempo los igualó en el infortunio.

DESARTICULADA Y ROTA la cultura de los dos grupos étnicos oaxaqueños mejor conocidos por su pasado, es ya conveniente valorar los más característicos aspectos de su civilización.

Los zapotecas llegaron a formarse una cultura equilibrada, espléndida en su arquitectura monumental de Monte Albán,

grandiosa, sobria y llena de dignidad. La tumba 104 es, sin querer serlo, un alarde de monumentalidad, donde la arquitectura, la escultura y la pintura mural se combinan en un perfecto equilibrio. La supervivencia del alma después de la muerte y su destino en el más allá parecen ser el sentido fundamental de la vida y de cuanto sus hábiles manos labran en su ciudad sagrada y panteón de Monte Albán III.

Cuando menos dentro de este período de su teocracia sacerdotal, carecen de sentido histórico; el pasado no les interesa sino incidentalmente. Esculpen en sus estelas temas que más parecen religiosos que históricos y cuyo verdadero sentido sólo llegará a conocerse cuando se haya interpretado su alfabeto; pero no tienen tlacuilos o escribas sagrados que graben sus empresas e historia en códices, pues no les interesa esta actividad, tan esmeradamente cuidada, en cambio, por los mixtecas.

Gustan de las formas señoriales, de los buenos y finos modales; atesoran su saber en los discursos, pronunciados en las grandes y solemnes ocasiones; cultivan con exquisito gusto su lengua, llena de inflexiones sonoras y de ricas formas gramaticales, porque son oradores, políticos y diplomáticos y conocen el valor mágico de la palabra; cultivan el arte escultórico de sus urnas funerarias, sin igual en la América Media, pero parecen descuidar su cerámica ritual; llegan a estructurar su unidad política ayudados por un terreno sin grandes accidentes y con mejor definición geográfica.

En cuanto a los mixtecas, descuellan sin competidores, en todo el vasto territorio de Mesoamérica, como los mejores ceramistas, los más distinguidos orfebres y los más hábiles dibujantes y pintores de códices. En cuanto a la cerámica de tipo ceremonial o ritual, por su técnica y belleza la correspondiente a la última época (fines del siglo xv y principios del siguiente) "es la más bella de todas las de México", según afirma el doctor Caso. Algunas piezas representan figuras de códices y revelan la mano de expertos dibujantes, de un gusto estético refinado, que saben combinar los colores y darles un barniz pulido y brillante y un acabado perfecto.

En cuanto a la orfebrería, sus joyeros usaban el martillaje y el repujado, por una parte, y por la otra el procedimiento llamado de “cera perdida” o fundición, que llevó a los mixtecas a planos artísticos sólo comparables con las realizaciones de los más egregios orfebres del Renacimiento. “Se puede decir sin hipérbole —afirma Caso— que los egipcios, los griegos, los etruscos, los romanos, no llegaron a elaborar tan perfectos objetos de oro como los orfebres mixtecos, y tendríamos que llegar al Renacimiento para encontrar artistas que pudieran comparárseles.” Basta observar tres piezas fundamentales para rendirse a la evidencia: el escudo o *chimalli* de oro y turquesa de Yanhuitlán, el pectoral de Mictlantecuh-tli y la máscara, de tipo pectoral, que representa al dios Xipe Totec, con los ojos entrecerrados, la boca muy abierta y la faz que simula estar cubierta por la máscara de piel humana con que se cubría el sacerdote dedicado al culto de “Nuestro Señor el Desollado”.

También sus códices se consideran como los mejores del México precolombino por su estilo pictográfico, la calidad del dibujo y la riqueza del colorido. Gracias a algunos de ellos, el doctor Caso ha podido interpretar la genealogía de sus reyes a partir de 720. Se conservan, aunque desgraciadamente no todos en México, numerosos y valiosísimos códices mixtecas; los principales son el Vindobonense, el Nuttall, el Bodley, el Selden, el Becker 2, el Colombino y el llamado “Manuscrito del Cacique”, además de los lienzos geográfico-históricos post-cortesianos de Yolotepec, Zacatepec y Coixtlahuaca.

De todos los códices, el más bello es el Nuttall, que representa entre otras escenas aquella en que el rey “8 Venado” y dos guerreros que lo acompañan atraviesan un lago en una canoa, para conquistar un islote. Éste se ve poblado por animales estupendamente reproducidos: garzas, lagartos, serpientes acuáticas y caracoles marinos; la escena parece representar un aspecto de la conquista de la bahía de Chacahua, cerca de Tututepec. En otra escena de este mismo códice, escena de gran fuerza, se reproduce un sacrificio humano: del cielo

desciende un *xiuhcōatl* (serpiente azul) para llevarse el corazón de la víctima, en tanto que a diestro y siniestro luchan un águila y un tigre, símbolos estelares de la noche y del día; el sol, que nace del corazón de la tierra, vence a la luna y a las estrellas; después las estrellas vencen al astro rey a la hora del crepúsculo.

Recientemente los estudios comparativos del doctor Caso sobre la cultura del horizonte Mixteca-Puebla y la de la altiplanicie, vienen a presentar muy seriamente la posibilidad de que la civilización de dicho horizonte haya influido, mucho más de lo que se supone, en varios aspectos de la organización de la vida mexicana: el religioso, el político, el social y el estético. La hipótesis parece lógica, si se observa el mapa del México precolombino y se concluye que el centro más próximo, el más calificado por la calidad superior de su cultura y el de mayor antigüedad es precisamente el horizonte Mixteca-Puebla, que tiene su centro de irradiación en Cholula.